

Dos imágenes aparentemente desconectadas describen en las escrituras de hoy a la persona de Jesús, de nosotros, la Iglesia, y nuestra relación: *la piedra angular y el pastor*.

En la lectura de hoy de los Hechos, los apóstoles Pedro y Juan aparecen ante los líderes del Templo de Jerusalén después de que la curación de un paralítico funcionó a través de ellos por el Espíritu Santo en nombre de Jesús Resucitado. En su discurso, Pedro resume todo lo sucedido como el establecimiento definitivo por Dios de Jesús y de la iglesia. Pedro cita la referencia que el Salmo 118 hace de una piedra que desecharon unos constructores, la cual otro constructor (en este caso Dios) eligió para ser la piedra angular de una nueva estructura. Lejos de un uso decorativo o ceremonial que se le da hoy en día, en la antigüedad la piedra angular era el componente crucial de un edificio. Necesitaba ser suficientemente fuerte para soportar el peso del resto del edificio, y así tenía que ser sin falta. Jesús, dice Pedro, es la piedra escogida por Dios. La Iglesia, la estructura construida sobre él. San Pablo escribiría más tarde: "Pues nadie puede cambiar la base; ya está puesta, y es Cristo Jesús" (I Cor. 3:11). Pedro deja en claro que la Iglesia ha sido fundada y no se basa en una teoría terrenal o en un sistema de pensamiento filosófico. Por el contrario, la Iglesia se funda y se apoya sobre una persona, Jesús, Hijo eterno de Dios que también asume nuestra carne y sangre humana, y que en esa carne y sangre sufrió, murió y resucitó de entre los muertos y ha sido glorificado por Dios. A través de nuestra respuesta de fe a la relación con Jesús y la iniciación en su vida a través del sacramento del bautismo, nos hemos convertido en "piedras vivas" (I Pe. 2:5) establecidos en el fundamento de Jesús. San Juan en la segunda lectura nos recuerda el efecto de nuestro bautismo: "Miren qué amor tan singular nos ha tenido el Padre: que no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos. ... a pesar de que ya somos hijos de Dios, no se ha manifestado todavía lo que seremos" (I Jn 3:1-2.).

En el evangelio de hoy nos encontramos con la lectura de la famosa metáfora de Jesús el pastor para describir su relación con nosotros individualmente y como iglesia. Al llamarse a sí mismo el "Buen Pastor", Jesús se contrasta con las autoridades políticas y religiosas de su época. Ellos demostraron ser "jornaleros", personas que tenían poco respeto o cuidado por

el rebaño, el pueblo, que se les había asignado para supervisar. Muchos de esos líderes religiosos y políticos que participaron en cualquier número de programas corruptos, desvergonzados y de interés propio, se engordaban mediante la opresión de los pobres e impotentes, dejando a los corderos y las ovejas que murieran de hambre, heridos no sólo físicamente, sino también emocional y espiritualmente.

En contraste, Jesús declara su amor incondicional y su devoción a las personas que Dios le ha confiado. Tan unido está Jesús en la preocupación y en el amor, que como el buen pastor, afirma su voluntad de entregar su propia vida protegiendo para que el rebaño no se disperse o sea destruido por cualquier depredador. "Habiendo amado a los suyos hasta el extremo" (Jn 13:1), la cruz es la máxima expresión del amor y compromiso de Jesús como pastor. Debido al misterio de la cruz de Jesús, nadie debe sentirse o creer que no es importante o que está perdido para Dios. Una vez escuché una descripción del amor de Dios por nosotros a través de Jesús de esta manera: Un pedazo de cuerda tiene dos extremos. Cuando se corta se rompe su unidad. Sin embargo, si se atan entre sí los extremos cortados, formando un nudo, los dos extremos están más cerca de lo que eran antes de que el nudo los uniera. Y si se cortan otra vez, y son anudados, los dos extremos están aún más cerca de lo que eran antes. ¡Qué bella imagen de la muerte y resurrección de Jesús; de su continuo amor y preocupación por cada uno de nosotros! Jesús no quiere que ninguno de nosotros se pierda del amor de Dios! Como pastor, él siempre está listo para ir en busca de nosotros, para "atar el nudo" de amor y acercarnos a él una y otra vez!

Este fin de semana y el próximo, celebramos con grupos de niños de nuestras familias quienes experimentan por primera vez a Jesús alimentándolos de forma personal, como su pastor, a través de la recepción de la Sagrada Comunión. Cada celebración de la Misa, cada recibimiento de la Sagrada Comunión es una experiencia de nuestro haber sido hechos "hijos de Dios", "piedras vivas" edificadas como la iglesia en la piedra angular de Jesús, siendo atados en el nudo de amor por Jesús, nuestro pastor.

En verdad, "el Señor es nuestro pastor, nada nos puede faltar" (Sal. 23).